

# discursofuneral.es

---

Querida Lucía, querida Marta y Julián, Paula, Nico y Alma, queridas amigas y amigos:

gracias por estar aquí para celebrar la vida de Sergio Hernández Pardo, nuestro Checho.

Hoy no vengo a hablar de una ausencia, sino de la presencia que él supo encender en cada sitio donde se plantaba con una guitarra, una broma y esa risa que desarmaba cualquier problema.

Checho nació en Zaragoza el 20 de noviembre de 1987. Allí aprendió lo esencial: que la autenticidad vale más que la perfección, que el respeto no hace ruido, pero se nota, y que la amistad de verdad no tiene letra pequeña.

Luego se fue a Barcelona a estudiar Ingeniería de Sonido, y encontró su segunda casa entre cables, amplificadores y vinilos usados que olían a historia.

Formó bandas, muchas, de esas que se arman en un local sin ventanas y con demasiados sueños.

Y más tarde se convirtió en profesor de guitarra, para niños y adultos, llevando la misma energía al escenario que al aula:

en bares pequeños tocaba como si estuviera en un festival; en las clases lograba que cada alumno se sintiera cabeza de cartel.

A mí me regaló una hermandad.

Fuimos compañeros de universidad, luego de banda, y al final, hermanos de vida durante más de quince años.

Si cierro los ojos, vuelvo a nuestro primer concierto en aquel bar diminuto.

Éramos seis en total, contando al camarero.

Él tocó como si el mundo entero nos escuchara, y nos hizo creer que era verdad.

Esa noche entendí su filosofía: trabajar fuerte detrás del telón para que la magia parezca sencilla.

Checho tenía muchas pasiones.

Creo tu propio discurso personalizado en [discursofuneral.es](http://discursofuneral.es)

Le gustaba escalar temprano, pedalear la ciudad con la guitarra a la espalda y cocinar “con lo que haya”:

de una nevera casi vacía sacaba un plato que nos dejaba en silencio.

Coleccionaba vinilos y defendía el sonido analógico como si fuera una especie protegida.

Tenía una paciencia ritual para limpiar la aguja, bajar el brazo y esperar esos dos segundos antes del primer acorde.

En ese gesto había respeto por todos los que habían tocado antes... y por los que vendrían después.

Era carismático y leal.

Creativo como pocos.

Y tenía un superpoder raro: hacía que cada persona se sintiera protagonista.

Por eso en su casa, en el local o en el aula, nadie era público: todos éramos banda.

Hoy nos faltarán sus improvisaciones de madrugada, sus mensajes a deshora con nuevas maquetas,

ese “escucha esto” que se convertía en plan de vida.

Pero sé que su música sigue trabajando por nosotros.

Está en la risa de Nico y de Alma cuando recuerdan a su tío,

en la fortaleza de Marta y Julián,

en la complicidad de Paula,

en el amor de Lucía, que fue su refugio y su impulso.

Checho quería que su despedida tuviera música en vivo y anécdotas alegres, no solemnidades huecas.

Así que me permito una última imagen:

hoy, si ponemos el oído fino, se oye un clic al fondo de la sala.

Es la aguja cayendo sobre un surco nuevo.

Empieza otra cara del disco.

No es un final; es el siguiente track.

Gracias, Checho, por regalarnos una familia elegida y por enseñarnos que la vida se mide en canciones compartidas.

Prometemos seguir tocando como aquella primera noche:

aunque haya cinco personas delante, tocar como si nos oyera el mundo.

Este discurso fue creado con [discursofuneral.es](https://discursofuneral.es). Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora en [discursofuneral.es](https://discursofuneral.es)

Crea tu propio discurso personalizado en [discursofuneral.es](https://discursofuneral.es)